

Domingo de Ramos – Roma, Casa General OCist – 13 de abril de 2014

Pasión según san Mateo (26,14-27,66)

“En verdad os digo: uno de vosotros me entregará” (Mt 26,21)

Cuando Jesús hizo esta afirmación durante la última Cena, cada uno de los discípulos presentes se sintió interpelado personalmente: “Y ellos, profundamente entristecidos, comenzaron todos a preguntarle: ‘¿acaso soy yo Señor?’.” (26,22).

Después se descubrió que el traidor en el que Jesús pensaba era Judas, pero el relato de la Pasión ilustra con claridad que cada discípulo tenía razón para plantearse la pregunta de si el traidor no sería él. En efecto, pocas horas después, “todos los discípulos lo abandonaron y huyeron” (26,56). Pedro buscará recobrar, pero terminará por traicionar peor aún que sus compañeros: “¡No conozco a ese hombre!” (26,74).

Pienso que la conciencia de ser traidores de Jesús no debería abandonarnos jamás. Sus discípulos la expresaron antes de la pasión y muerte del Señor, pero nosotros que sabemos que Cristo nos ha amado hasta la muerte en Cruz, y ha resucitado, podemos medir aún con mayor lucidez qué poco fieles somos a un amor tan grande. La conciencia de traicionar y renegar de Cristo debería ser mucho más aguda *después* de su pasión y muerte que antes, porque ahora sabemos, ahora hemos visto, que el Hijo de Dios ha padecido y muerto por nosotros.

Esta conciencia es en el fondo la esencia más auténtica de la humildad cristiana. También los paganos pueden sentirse *pecadores*, pero el cristiano sabe que es *traidor, renegador* de un amor, de un Amigo. El pecado hay que definirlo ahora dentro de la relación con el Señor. Ya no es solo un venir a menos de las leyes, no es ya solo un venir a menos de una moral, y tampoco es solo un venir a menos con respecto a los mandamientos de Dios. El pecado es un venir a menos con Dios, venir a menos en una relación de amor en la que Dios mismo ha sufrido todo para eliminar toda distancia, toda lejanía entre Él y el hombre. El pecado ahora es traicionar y renegar una comunión que ha sido toda dada en virtud de la Sangre de Cristo, es decir, traicionar una Alianza por la que Dios mismo se ha comprometido totalmente, dado y derramado totalmente.

La alianza pascual en Cristo no ha pedido nada al hombre, no ha pedido al hombre ningún sacrificio. La Alianza pascual es la Alianza en la que Dios se ha pedido todo a Sí mismo, en la que Dios se ha sacrificado todo Él. Es la Alianza de la que el Hijo y el Padre hablan en Getsemaní, y que acuerdan entre ellos para nosotros: “Padre mío, si no puede pasar de mí este cáliz sin que yo lo beba, hágase tu voluntad” (26,42).

Todo se ha desarrollado y decidido dentro del Amor trinitario, de este Amor para nosotros inconcebible, tan inmenso para poder contener sin romperse incluso el abandono del Amado: “¡Dios mío, Dios mío, porqué me has abandonado!” (27,46).

Para nosotros, ser fieles a un amor así, a un sacrificio así, es imposible. No podemos hacer otra cosa que renegarlo, que traicionarlo, no solo una vez, como Judas, no solo tres veces como Pedro, sino siempre, siempre de nuevo. Pero después de la pasión y muerte de Cristo, y después de la Resurrección, también el significado de estas palabras: “traicionar”, “renegar”, ha sido como cambiado, y esto es lo que Jesús ha querido que Pedro entendiese, que cada discípulo entendiese y que, por lo tanto, entendamos también nosotros. El problema no es tanto el saber ser fieles al amor de Cristo, a su amistad que da la vida por nosotros. El problema es poner siempre nuestra infidelidad en las manos misericordiosas, en el abrazo, de *Su* fidelidad, de la fidelidad del Señor a la Alianza que ha estrechado con cada uno de nosotros y con todos derramando su Sangre por nosotros. No debemos ya preocuparnos de saber ser fieles, sino de poner siempre nuestra infidelidad en el amor de Dios, dentro de la eterna fidelidad de este mismo Amor.

El primero en hacer este acto de confianza fue un pagano, uno de aquellos que crucificaron activamente al Señor: el centurión romano que confiesa: “¡Verdaderamente este era el Hijo de Dios!” (27,54).

Quizá no entendió nada de lo que decía, pero con estas palabras expresó su confianza en el Misterio que se había manifestado a sus ojos. Y el Misterio seguramente lo abrazó, y lo mantuvo dentro de la Alianza nueva y para siempre fiel de su Amor infinito. El Misterio abrazó a este hombre con su Fidelidad eterna, la fidelidad de Dios con la que Jesús resucitado irá después a buscar a cada uno de sus discípulos traidores, hasta llegar a nosotros, y hasta el fin del mundo.

Fr. Mauro-Giuseppe Lepori
Abad General OCist